

DE LA EDUCACIÓN EN ESPAÑA,

POR

DON ESTEBAN OCA Y MERINO,

Regente, por oposición, de la Escuela graduada de Logroño:

Maestro Normal:

Individuo correspondiente de la Real Academia Española;

Caballero de la distinguida Orden de Carlos III;

premiado en diferentes Exposiciones,

en certámenes pedagógicos y literarios

y por la M. I. Junta provincial de Instrucción pública,

y autor de varias obras de enseñanza.

OBRA PREMIADA EN LOS JUEGOS FLORALES DE BILBAO DE 1901

CON UNA JOYA ARTÍSTICA,

REGALO DEL EXCMO. SEÑOR DON MARTÍN ZARALA,

VICEPRESIDENTE DEL SENADO,

Y

PUBLICADA Á EXPENSAS DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN DE VIZCAYA



BILBAO

IMPRENTA PROVINCIAL

1902

DE LA EDUCACIÓN EN ESPAÑA,

POR

DON ESTEBAN OCA Y MERINO,

Regente, por oposición, de la Escuela graduada de Logroño:

Maestro Normal:

Individuo correspondiente de la Real Academia Española:

Caballero de la distinguida Orden de Carlos III:

premiado en diferentes Exposiciones,

en certámenes pedagógicos y literarios

y por la M. I. Junta provincial de Instrucción pública.

y autor de varias obras de enseñanza.

OBRA PREMIADA EN LOS JUEGOS FLORALES DE BILBAO DE 1901

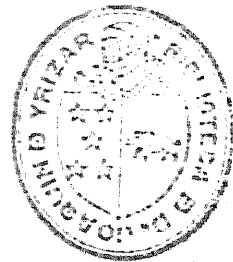
CON UNA JOYA ARTÍSTICA,

REGALO DEL EXCMO. SEÑOR DON MARTÍN ZABALA,

VICEPRESIDENTE DEL SENADO,

Y

PUBLICADA Á EXPENSAS DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN DE VIZCAYA



BILBAO

IMPRENTA PROVINCIAL

1902

DEDICATORIA

Ningún nombre como el de Excmo. Señor D. Martín Gavala, que otorgó el premio al tema sobre Educación, y el de la Excmo. Diputación provincial de Vizcaya, que publica el trabajo premiado, merecen figurar al frente del mismo.

Acepten, por lo tanto, S. S. S. S. esta justísima distinción en testimonio de consideración y gratitud de

El Autor.

LEMA

La sociedad es educable; y, si lo es,
debemos educarla.



TEMA IX

La educación, en sus diferentes aspectos, y su influencia en el progreso y bienestar de los pueblos. Cómo es y cómo debe ser en España.

I

¿Qué es la *educación*?

Oigamos á las autoridades más conocidas de todos los siglos y de diferentes naciones en materias pedagógicas.

PLATÓN. «La *educación* tiene por fin dar al cuerpo y al alma toda la belleza y toda la perfección de que son susceptibles.»

ROLLIN. «La *educación* no es otra cosa que el arte de dirigir y formar la inteligencia.»

RICHTER. «La *educación* tiene el noble fin de desenvolver en el niño el ideal ó lo divino que se halla oculto en él, en germen, y provocar el desenvolvimiento espontáneo é individual.»

DENZEL. «La *educación* consiste en desenvolver armoniosamente las facultades físicas, morales é intelectuales de la juventud.»

NIEMEYER. «La *educación* es el arte y la ciencia de guiar la juventud y de llevarla también, con la ayuda de la *instrucción* y por el poder de la *emulación* y el *buen ejemplo*, á alcanzar el triple fin que asigna al hom-

bre su destino á la vez religioso, social y nacional, ó sea, como dice en otro lugar, «la ciencia y el arte de formar al hombre, al ciudadano y al cristiano.»

M. DUPANLOUP. «El fin de la *educación* es preparar la vida eterna elevando la presente.»

KANT. «La *educación* consiste en desenvolver la naturaleza humana en la medida necesaria para el cumplimiento de su fin.»

SCHWARZ. «La palabra *educación*, en su sentido estricto, da á entender la formación intencional y metódica del hombre joven, para hacerle adquirir la mayor perfección que pueda alcanzar cada individuo en su naturaleza y cualidades, según las circunstancias peculiares en que se encuentre; es decir, aquella perfección á que la humanidad en general puede llegar bajo la influencia de dichas circunstancias.»

HERBERT SPENCER. «El fin de la *educación* es preparar la vida completa.» «El ideal de la *educación* será obtener una completa preparación del hombre para la vida toda.»

ROBIN. «Mejoramiento del orden y del progreso de las facultades naturales, en vista de la actividad social; tal puede ser la definición de la *educación*.»

AVENDAÑO Y CARDEBERRA. «La *educación* puede definirse: el desarrollo de las facultades y disposiciones del hombre para el cumplimiento del destino de la humanidad.»

AGUILAR. «La *educación* es el cultivo armónico y ejercicio adecuado de las potencias, facultades y operaciones del hombre, capaces de ser dirigidas, para que obtengan la perfección posible en esta vida y sirvan de medio á aquél en la consecución de su destino final.»

ALOÁNTARA GARCÍA. «La *educación* consiste en preparar al hombre para la cabal realización de su natura-

leza humana, para que viva la vida completa y cumpla su destino, dándole al efecto los medios conducentes á ello mediante el desenvolvimiento armónico, espontáneo y regular de su naturaleza psico-física, despertando y favoreciendo sus disposiciones generales y sus aptitudes especiales, según las circunstancias en que se encuentre, poniendo en claro su peculiar vocación y formando su carácter.»

II

El fundador de la pedagogía antigua, el inmortal Platón, que en su filosofía es la aspiración encarnada del pueblo griego, buscando la belleza del alma y del cuerpo, que era el ideal de aquellas ciudades, especialmente de la sabia Atenas, quiere la perfección completa de ambos constitutivos, espiritual y material del hombre. De modo que, tomando la palabra «perfección» en su sentido más amplio, el ideal es completo, y aun pudiera haber suprimido la «belleza», que entra en la «perfección». No obstante, por lo mismo que la idea *perfección* es tan general, queda muy indeterminada la idea de la *educación*. Y nadie seguramente por la definición del filósofo ateniense formará concepto de la *educación* que se daba en los diferentes pueblos de la Península helénica. Lo único que se descubre á las claras es que el griego amaba la belleza en particular.

Rollin tiene una idea muy limitada de la *educación*: parece dar á entender que en el hombre sólo la inteligencia es educable, y no es así; el hombre es educable en la *inteligencia*, en la *sensibilidad* y en la *voluntad*, en el *alma* y en el *cuerpo*.

Richter desenvuelve lo grande, lo más elevado en el hombre, las sublimes aspiraciones del alma, lo cual, con

ser lo más importante de la criatura racional, no es el ser todo. Es verdad que luego provoca el desenvolvimiento espontáneo é individual, en el cual desenvolvimiento puede entenderse el espíritu y la materia; pero siempre resulta un concepto deficiente, puesto que la *educación* no ha de ceñirse á provocar, sino extenderse á cultivar y dirigir, y, á veces, á modificar ese mismo desenvolvimiento espontáneo.

Acertadamente extiende Denzel la educación á las facultades físicas, morales é intelectuales, comprendiendo alma y cuerpo, y acertadamente pide el desenvolvimiento armónico de ellas, porque todas forman el hombre, con todas realiza su destino; sin embargo, en esas facultades no está todo el hombre, no está toda la parte *estética* de él.

Niemeyer, aunque no concreta bien la idea, da un fin bastante completo á la educación preparando al hombre para la vida individual, para la vida social y para la vida religiosa, esto es, para sí, para la patria y para Dios; mas en los medios está incompleto, pues hay otros varios y muy eficaces, además de la *instrucción*, de la *emulación* y del *buen ejemplo*. Y parece que Niemeyer se refiere en esta definición á la parte psíquica exclusivamente.

Grande es el ideal del sabio obispo de Orleans preparando la vida eterna elevando la presente, y teológicamente considerado este concepto, nada deja que desear. Pero el concepto es limitado, olvidando elementos que realizan el desenvolvimiento humano, y de los cuales no debe prescindirse aun para la misma educación religiosa. Es verdad que, si, cuando habla el teólogo, define según lo transcrito, al presentarse el eminente pedagogo ya dice que la *educación* es «guiar la niñez á la completa realización de su naturaleza humana».

También Kant da un concepto completo de la *educación*.

Y su discípulo Schwarz desenvuelve con acierto el concepto, si bien no deja, como Kant y otros autores, entrever los medios de conseguir ese fin.

Nada puede pedirse al concepto de Spencer, porque ¿qué más puede hacer el educador que preparar la vida completa? Aquí lo que cabe es preguntar qué es esa vida.

Robin dirige la *educación* especialmente al fin social, que no es el único fin del hombre, ni el más importante, pues si Grecia y Roma, por ejemplo, subordinaron todo al principio social, son muy sagradas la vida del individuo y la vida religiosa. Cierto que puede argüirse que Robin habla de las facultades naturales sin limitación, pero ya pone como medio y límite la actividad social, y esto ni es suficiente medio ni es ideal acabado.

Nuestros pedagogos modernos, huyendo de exclusivismos de toda especie, están conformes en desenvolver todas las facultades del hombre para que realice su destino completo. Así puede verse en las definiciones de Avendaño y Carderera, de Aguilar y de Alcántara García; y en las de los dos últimos hasta se indican los medios y condiciones del desenvolvimiento.

Terminaremos esta parte diciendo que, en nuestro juicio, la educación debe provocar el desenvolvimiento del cuerpo y del espíritu del hombre, aprovechando las ocasiones todas en que pueda aplicar sus aptitudes y facultades; debe desenvolverlas por medio del ejercicio conforme á los principios de la antropología y de la pedagogía, y las debe dirigir de acuerdo con la filosofía, la sociología, la moral y la religión, formando al individuo para sí mismo, para la familia, para la sociedad y para Dios.

En efecto: es sabido que todas las potencias del individuo presentan su actividad dándoles motivo de manifestarse; que el ejercicio les da fuerza y destreza y

forma el *hábito*, y con éste el modo de ser del hombre, pues, como dice Bacon, la educación no es en el fondo más que un hábito contraído desde el principio; que ese ejercicio ha de hacerse por el conocimiento del educando y en consonancia con las reglas pedagógicas para obtener el objeto del perfeccionamiento y no causar efectos quizá contraproducentes: y, por último, que, como todo este desenvolvimiento ha de ir dirigido al destino del hombre, debe informarse en las ciencias que le determinan.

III

Dentro del concepto general *educación*, cabe considerar diferentes aspectos de la misma.

Así, *educación* se llama á la crianza, enseñanza y doctrina que se da á los niños y á los jóvenes. Y *educación* se dice también á la cortesía ó urbanidad.

Teniendo en cuenta las dos partes de que el hombre se compone, podemos distinguir una educación *psíquica* ó del espíritu, y otra *física* ó del cuerpo. Y, mirando á las facultades del alma, se subdivide la educación de ésta en *estética* ó de la sensibilidad, *intelectual* ó de la inteligencia, y *moral* ó de la voluntad. La educación *religiosa* está comprendida principalmente en la educación moral, aunque en gran parte entra también en la educación *estética* y aun en la *intelectual*.

Juzgamos, por el sentido del tema propuesto, que no son éstos, ni algunos otros que pudieran citarse, los aspectos que se piden, sino que más bien se pide tratar la educación en el aspecto *individual* y la educación en el aspecto *social*, puesto que se pregunta cómo influye en el progreso y bienestar de los pueblos.

No conviene á nuestro objeto distinguir en el aspecto *individual* tiempos en la educación, separando la educa-

ción del párvulo de la educación del niño, de la educación del joven, de la educación del adulto. La educación es una cadena sin solución de continuidad en sus eslabones, que, comenzando en la cuna, termina en el sepulcro. Como el hombre necesita alimentos mientras vive, necesita asimismo educación.

La educación *social* si conviene considerarla en el aspecto *popular* ó *general*, en el aspecto *profesional* (carreras literarias de toda clase), en el aspecto *agrícola* y en el aspecto *artístico* é *industrial*.

En todos estos aspectos la educación ejerce influencia decisiva en el progreso y bienestar de los pueblos.

IV

¿Qué es un hombre sin educación?

No os diré que le abandonéis apenas nace, porque moriría. Nutridle; pero no hagáis más. Dejadle que se desarrolle á impulso de las leyes de su naturaleza, sin intervención de otro hombre. Su cuerpo irá creciendo, como crece el del animal irracional, como crece la planta, por virtud de las leyes fisiológicas; pero será un cuerpo grosero, un cuerpo agreste, sin más destreza y habilidad que la adquirida por el ejercicio instintivo; quizá más fuerte que vuestro cuerpo contra los elementos naturales, si antes de su desarrollo no sucumbe, mas inhábil para las artes más mecánicas. ¿Y el espíritu? Ah! en ese sér apenas mostrará su existencia el espíritu, porque ese espíritu estará en aquel cerebro como el mineral encerrado en las entrañas de los montes, donde la misma plata y el oro son pura tierra, pura materia, sin brillo que los avalore. Su sensibilidad no presentará más que la *sensación*, por las impresiones del cuerpo: no habrá en él más que *inteligencia sensitiva*; no existirá la razón,

porque no hay ideas depuradas, no hay juicios, no hay elevación á causas, efectos ni leyes: su *voluntad* será el instinto bruto con tendencias egoístas y groseras. Para ese ser no existen el sentimiento moral ni el sentimiento estético; no existe el sentimiento de la verdad; no existe el sentimiento del bien: no hay más bien que los goces materiales, ni más aspiración que satisfacer los apetitos egoístas. ¿Es esto *hombre*?

Si Diógenes, viendo á un ignorante sentado sobre una piedra, exclamó: «¡he ahí una piedra sobre otra piedra!» ¿qué diríamos de un hombre ignorante y sin ninguna *educación*? He ahí un monstruo, una fiera, acaso el más feroz de los animales, los cuales respetan generalmente su especie, y el hombre probablemente no la respetaría.

Es que el hombre, como dice Kant, y como de varios modos han dicho otros muchos filósofos y pedagogos, *no puede ser hombre más que por la educación*, pues no es más que lo que ésta le hace ser.

Así lo demuestran la historia y la geografía de todos los tiempos y de todos los países en sus diferentes civilizaciones á través de las centurias.

Allá donde el hombre vive por el instinto, por el desenvolvimiento espontáneo, resulta el hombre cruel, la tribu nómada, que goza destruyendo, que persigue á sus semejantes, que los mata, y aun los devora. ¡Bestia humana! Donde la religión y la ciencia ennoblecen al hombre, la sociedad organizada, el respeto mutuo, el derecho de gentes, los adelantos, la moral, el bienestar.

El Asia, el África y la Oceanía nos presentan aún regiones atrasadas en que sus hombres envidiarían algunas repúblicas de animales.

Por el contrario, en la Europa antigua y en la moderna, y en la nueva América, veremos pruebas evidentes de lo que puede la educación en las naciones.

Porque el hombre se educa por otros hombres, según afirma el mismo Kant ya citado, que á su vez han sido educados por otros. Y, aunque supusiéramos un primer hombre sin educación alguna, el perfeccionamiento de la humanidad es consiguiente á la virtualidad propia de la naturaleza humana para desenvolverse en sí misma y al influjo que en el desenvolvimiento del hombre van ejerciendo la experiencia propia y la experiencia de los demás. Bien dice el filósofo citado: la educación puede mejorar progresivamente, y cada una de las futuras generaciones dar un paso en el perfeccionamiento de la humanidad; y ¡qué encantador es representarse la naturaleza humana mejorándose constantemente por la educación, que por sí misma reviste á su vez una forma apropiada á la humanidad: esto es una perspectiva de felicidad para el género humano!

¿Por qué Grecia se hizo inmortal? ¿Por qué floreció? ¿Cuál fué la causa de su decadencia?

Grecia fué quizás el país del mundo que ha mirado con más interés la educación de sus hijos, y los resultados de este interés se notan en todas las manifestaciones de aquel pueblo. Esparta y Atenas ofrecen materia abundante al pedagogo.

En Esparta, Licurgo somete la educación á leyes, la hace uniforme, común y pública, formando ya del niño un pequeño ciudadano, para que, *con el hábito de serlo*, no tuviese cuando hombre otros intereses y afecciones dominantes que las relativas á la conservación del Estado, el cual lo educaba desarrollando sus fuerzas físicas é infundiéndole perseverancia, valor y patriotismo ante todo. Comprendía la instrucción espartana la gimnástica, el canto, la música y el baile: eran muy pocos los que sabían leer y escribir. Licurgo no quería sabios ni oradores, y reputaba la elocuencia como el arte de men-

tir. La gimnástica se aprendía en las plazas denominadas gimnasios. Su objeto era formar el cuerpo y hacerle duro contra la fatiga, y ágil y gracioso en sus movimientos. Desde pequeños se habituaba á los niños en el hogar doméstico á estar solos en la obscuridad, á vestir con poca ropa, para soportar la intemperie, á sufrir sin llorar toda clase de privaciones, y cuando á los siete años comenzaba la educación pública á cargo de ciudadanos de prestigio, encargados principalmente de vigilar la conducta moral de los niños y de dirigir los ejercicios corporales, se los habituaba á vestidos de muy poco abrigo, á andar descalzos, á bañarse en el Eurotas, á dormir en duros lechos, á escaso alimento y mal condimentado, á las fatigas de la caza, á la criptia y á la flagelación, que se hacía anualmente en público, adjudicando una corona al niño que la soportaba sin dar muestras de dolor. Con la música y el canto inspiraban patriotismo y bravura, cantando las leyes de Licurgo puestas en verso, y celebrando la memoria de los héroes muertos por la patria.

En Atenas, lo mismo que en Esparta, el individuo pertenecía al Estado y debía ser educado para él; pero difiere el carácter de ambos pueblos, como diferían las leyes de Solón de las de Licurgo.

En Esparta el Estado absorbía al individuo: la independencia y fuerza del Estado eran el fin principal de las leyes de Licurgo, y á formar ciudadanos para ese Estado tendía la educación. En Atenas se respetaba la libertad individual y el derecho de la familia, considerando la fuerza é independencia del Estado, no como fin de las leyes, sino como medio para asegurar la libertad del ateniense. En Esparta el Estado arrebató los hijos á la familia para apropiárselos él y educarlos á su manera de ser. En Atenas el Estado sostiene establecimientos

públicos y crea instituciones llamadas á cultivar el patriotismo y demás virtudes nacionales, obligando á los padres á educar á sus hijos y á enseñarles un arte ú oficio con que ganar la subsistencia. Los atenienses apreciaban la instrucción más que los espartanos, y no daban tanta importancia á la educación física. Los niños pobres aprendían á leer y escribir y la agricultura, el comercio ú otro arte cualquiera, y los ricos, después de leer y escribir, se instruían en la música, la equitación, la caza y la filosofía. En Atenas hay, pues, más cultura intelectual que en Esparta, pero menos dureza y disciplina en la educación física y moral. En lo que mira al Estado, la educación espartana superaba á la ateniense. También en Atenas se tenía la música como medio de cultura intelectual, estética y social; y la gimnástica era más variada y completa que la espartana, pues comprendía la carrera, la lucha, la equitación, el salto, el pugilato, la natación, el juego de pelota, etc., formando aquellos atletas que solemnizaban las fiestas populares. Como medios de cultura intelectual existían además en Atenas las lecturas en los juegos y los discursos en la plaza pública.

Resultado de estos sistemas de educación,—que serán más ó menos discutibles, pero que no hace al caso discutirlos,—resultado de estos *hábitos* adquiridos desde la infancia, fueron aquellos ejemplos de valor, abnegación y patriotismo que nos admiran al leer la historia de Grecia. Es más: comprendiendo el pueblo griego que la inteligencia y la sensibilidad del hombre se influyen mutuamente, y que el hombre obedece más al placer que á la convicción, cultivó con especial esmero los sentimientos estéticos creyendo que el sentimiento de la belleza dispone al hombre para rechazar el vicio y le inflama para la práctica de la virtud, sin cuyo calor valen

poco los preceptos que quieran imponérsele por la razón ó la conveniencia. El griego consideró el sentimiento de *lo bello* como el principal elemento de cultura, y no puede disputársele la superioridad en este punto de educación sobre todos los pueblos antiguos y modernos. Si Grecia hubiera cultivado en sus hijos todos los sentimientos como el de *lo bello*, acaso hubiera llegado á la meta de la educación. No podía, por supuesto, comprenderlos, porque carecía de una luz sobrenatural necesaria, que nosotros tenemos en el Evangelio.

Y ¿por qué decae Grecia?

En todos los pueblos es preciso un lazo fuerte que mantenga unidos los intereses de las familias y de los individuos, una aspiración unánime que los convierta en una sola agrupación, en un todo compacto y homogéneo, en una sola nacionalidad. El griego tenía en su religión un elemento de cultura estética para aspirar á lo bueno y á lo bello; pero aquella religión carecía del carácter uniforme y positivo de las religiones reveladas, y no podía ser el robusto lazo que uniera aquellas sociedades divididas. Era, pues, necesario otro principio que diese fuerza á la nación, *el principio social*, por el que el individuo quedase supeditado al Estado. Esparta y Atenas, como he dicho, basaron la educación en ese principio, exagerándole la primera y atenuándole acaso la segunda. La aristocrática Esparta comprendió que la fuerza de la nación consistía en la unión de aspiraciones de todos los individuos en el Estado. La democrática Atenas comprende sí la fuerza de ese mismo ideal, pero respetando más que su émula los derechos del individuo. Sin mezclarme á discutir sistemas políticos, haré notar que Grecia fué poderosa mientras el principio social dominó sobre el individual, y vino la decadencia apenas el individuo se consideró superior al Estado. Es evidente:

faltando el lazo de una religión divina y la idea de nacionalidad, aquellos elementos encontrados debían separarse y labrar su propia ruina en las discordias civiles y en la corrupción de las costumbres.

Si de Grecia pasamos á la omnipotente Roma, hemos de ver desde su fundación en el Palatino engrandecerse por la educación que da á sus hijos. Recinto en un principio de malhechores, asilo de criminales y esclavos fugitivos, la necesidad de la defensa, la lucha por la existencia propia y por la libertad individual, les dió el ideal de su educación, *el sentimiento de la patria*, el espíritu belicoso. Desde el mismo Rómulo comienza la educación de los niños, encargada á la familia: la autoridad paterna y la patria eran dos dogmas sagrados para el romano. El romano había de ser buen hijo y buen ciudadano, dispuesto á obedecer las leyes de su patria y á derramar su sangre por ella. Así se formaron los primeros héroes, como los Horacios en la lucha contra Alba Longa. Más tarde, la misma historia de sus héroes sirvió de medio para excitar el amor patrio, el sentimiento religioso y la emulación hacia *la gloria*. Roma miró también como el negocio de la mayor importancia el conservar las buenas costumbres de sus antepasados y el que la educación de la niñez no degenerase después de los mayores años: los *censores* estaban encargados de velar por ellas, de corregirlas y de castigar con la pena debida á los viciosos. Aun con las dos razas opuestas de patricios y plebeyos, sabe Roma engrandecerse, porque en Roma domina el sentido práctico, el necesario en todos los pueblos que han de distinguirse en la historia: Roma conoce su parte débil; la lucha de razas sería su muerte, y, por lo mismo, en la educación de sus hijos antepone á todo el sentimiento de la patria, y el plebeyo y el patricio van al combate con la misma fe y entu-

siasmo, el plebeyo á hacerse digno de los derechos que pide, y el patricio á hacerse *superior* siempre al plebeyo y ambos aspirando á que Roma sea la metrópoli de todas las naciones. Así es que el ideal romano fué la conquista y dominación del mundo entero, y lo consiguió por el patriotismo de sus hijos, por el valor y superior táctica de sus soldados y por sus admirables códigos legislativos, que hoy todavía se miran con respeto.

Pero dominadora ya Roma de casi todo el mundo conocido, las costumbres se corrompen, ya no hay la bandera de la conquista, la aspiración á la gloria, faltaron los ideales grandes; y aquel coloso que hizo callar al Orbe, putrefacto y carcomido no pudo resistir el ímpetu de las razas del Norte, viriles y belicosas. Perdió la educación, perdió las costumbres, perdió la existencia.

No tuviéramos que acudir á la historia de otros pueblos para ver cómo se hacen grandes los que con la educación saben inspirar á sus hijos grandes ideales. Nuestra nación nos presenta ejemplos elocuentes de días de poder y días de decadencia.

Una civilización inferior á la romana la hace sucumbir en su lucha con las legiones del Tíber, á pesar del valor sin igual de las razas ibera y celta, en una resistencia titánica de cerca de dos siglos. Aquella raza goda invasora en el siglo V, se afemina, se envilece en el VII y el VIII, y no puede resistir en el Guadalete los golpes del alfanje sarraceno. Pero se levanta en Covadonga luchando por la patria y por la Cruz, y estos sublimes ideales la llevan de victoria en victoria, en una epopeya inverosímil, y los Alfonsos, y los Ramiros, y los Fernandos, y la grande Isabel, reconquistan la patria perdida; y con aquel espíritu religioso, patriótico y de gloria descubre Colón el Nuevo Mundo, y los tercios españoles llegan á ser el asombro de la Europa entera.

No examinemos nuestra decadencia, que entristece: pero busquémosla en nuestra defectuosa educación: que una vez concluida la misión providencial de España en los dos hemisferios, debimos buscar la grandeza en nuestra civilización, en nuestras artes, en nuestra industria y en nuestro comercio, en lugar de buscar porvenir en el mundo dominado. Hubiéramos así sido más patriotas, más españoles, menos egoístas, más humanos y más poderosos.

Pasemos ya la vista por los pueblos actuales.

¿Qué pueblos envidiamos? Los más civilizados, los que tienen superior educación en todas sus esferas: Bélgica, Suiza, Francia, Alemania, Suecia, Inglaterra, los Estados Unidos..... En ellos florecen las ciencias, las artes, la industria, el comercio: tienen riquezas, tienen poder. ¿No se ve bien clara la influencia de la educación en su progreso y bienestar? Y quizás en los tiempos actuales no se mira con todo el interés que merece la educación moral, para que el bienestar fuese completo.

V

Leyendo así la historia todos los pensadores de los pueblos que marchan á la cabeza del progreso, han escrito recomendaciones eficaces sobre la grande importancia de la educación popular—con frecuencia llamada *primaria*, porque se da especialmente en los primeros años,—que es el aspecto que más nos conviene tratar, por ser el pueblo la mayor masa de la nación, casi la nación entera.

El padre es el llamado en primer término á dar á sus hijos la *educación* precisa para que realicen su destino. Es un precepto que le ha impuesto la Naturaleza: el que da la vida tiene el sagrado deber de disponer á la cria-

tura para vivir. Hasta el mismo Juan Jacobo Rousseau, autor del sistema de educación más absurdo, por anti-social. de cuantos se han publicado, defiende con calor este principio y dice con su habitual elocuencia y energía: «El que no puede cumplir con los deberes de padre »no tiene derecho á serlo. No hay pobreza, ni trabajo, »ni causa alguna razonable que le dispense de alimentarse y educar por sí mismo á sus hijos. Me atrevo á »pronosticar á cualquiera que tenga entrañas y des- »cuide tan santos deberes, que derramará por esta falta »abundantes y amargas lágrimas sin consuelo.»—De esta opinión del autor del «Emilio», aunque acomodándola á las exigencias de la familia, á las ocupaciones del jefe de la misma, son todos cuantos seriamente tratan de los factores de la educación de la juventud. Y el mismo catecismo de la doctrina cristiana la confirma cuando preceptúa que los padres respecto de sus hijos tienen la obligación de alimentarlos, enseñarles, corregirlos, darles buen ejemplo y estado competente á su tiempo.

No obstante, fijándonos en la realidad de la vida, son pocos los padres que pueden cumplir *personalmente* este deber evangélico. Obligados la generalidad de ellos á ganar con su trabajo el sustento de la familia, no les queda tiempo para atender á la educación de la prole: las personas acomodadas que pudieran disponer de él, suelen codiciar más riquezas, ambicionan puestos distinguidos, honores....., en cuyos afanes emplean todas las horas del día, porque tal es nuestra condición, que, cuando podemos llenar nuestras necesidades reales, nos creamos otras ficticias, que nos roban tiempo y sosiego. Y aun aquellos pocos que con gusto se dedican, pudiéramos decir en cuerpo y alma, á la educación de sus hijos, carecen tal vez de conocimientos especiales ó de carácter y

práctica ó experiencia para dirigirlos. Por eso la educación paterna ó doméstica completa puede considerarse como un verdadero fenómeno, y, conociéndolo así todos los pueblos civilizados, no confían nunca en absoluto á los padres el cuidado de sus hijos.

He aquí el gran vacío que llena la escuela primaria, encargada á profesores hábiles en la ciencia de educar é instruir. La familia comienza la educación de la niñez: la escuela la continúa y perfecciona, si ya no la suple por completo, porque, desgraciadamente, por completo abandonan muchos padres la educación de sus hijos, no sólo respecto á la instrucción, que tal vez ellos no poseen, sino respecto de la cultura intelectual, estética y moral, que es la que hace al verdadero hombre.

Á la escuela primaria, pues, deben las familias el desenvolvimiento de la naturaleza espiritual de sus hijos; el sacerdote, la preparación de sus feligreses para recibir dignamente la luz de la religión; las autoridades la disposición más eficaz para la obediencia de las leyes; el Estado, la formación de buenos ciudadanos.

Aun respecto de los que han de recibir conocimientos ulteriores, es la escuela de primera educación la preparación necesaria para continuar con base firme el camino de la mayor cultura, puerta para penetrar en los dominios del arte y de la ciencia. Y aun debiera ser más: todo ciudadano debería ostentar el diploma escolar para el disfrute de los derechos de ciudadanía; porque el derecho á la no cultura y á la ignorancia es un derecho inadmisibile, un derecho que no puede alegarse en pueblos amantes del progreso, de la perfección del hombre, como no pueden pretender derechos iguales el hombre analfabeto y el que posee títulos literarios. Si las artes no igualan al obrero inepto con el hábil é inteligente, ¿por qué no debe distinguirlos la sociedad?

Tanto se considera la escuela primaria como institución la más importante en la cultura de los pueblos, que se toma como barómetro de ésta el número de habitantes que saben leer y escribir. ¡Y qué depresión indica ese barómetro en España, donde la columna barométrica no asciende más que al tercio de su altura! ¡Cómo ha de ascender si las estadísticas nos dicen que de cuatro millones de niños comprendidos en la edad de tres á doce años, (1) ¡¡dos y medio!! por lo menos no asisten á ningún establecimiento de enseñanza!

La regeneración de un país viene principalmente por las escuelas primarias, por esa misión elevadísima de redimir al pueblo de la esclavitud de la ignorancia, del vicio y del crimen: que á todo esto se extiende la acción de la escuela, porque la instrucción popular que se da en ella, como dice el notable pedagogo D. Pedro de Alcántara García, cuando es debidamente *educadora*, influye por modo notable en la vida moral, en la vida política y hasta en la vida material de las naciones.

En la vida moral. «Así como la ignorancia enerva y extravía la razón y oscurece y extravía el sentido moral, con lo que la justicia y el derecho pierden su base, la instrucción suaviza las costumbres, eleva y fortifica los sentimientos, enseña al hombre lo que debe á sus semejantes y á sí propio, y proporciona á los pueblos un concepto más claro del derecho y la justicia, pone trabas á los desmanes del pensamiento y la fantasía y á los desórdenes de la razón, con todo lo cual se garantizan los intereses más caros del individuo y de la sociedad. Todo el mundo está conforme en asegurar que, así

(1) No debe considerarse la edad de tres á doce años, sino de seis á doce.—Nota del Jurado.

como la ignorancia es la fuente de que dimana la relajación de las costumbres,—por lo que dijo Mirabeau que «sin luces no hay moral»,—la instrucción, inspirando amor hacia el trabajo, hace disminuir la vagancia, engendradora de malas costumbres, de vicios repugnantes y aun de crímenes.»

Un ilustre estadista, D. Fermín Caballero, en documento notabilísimo sobre la instrucción popular, afirmaba hace tiempo que «cada escuela que se abre cierrá una prisión á los veinte años». Se comprende el por qué: el hombre que no ha pisado la escuela vive abandonado, en las tinieblas de la ignorancia, á sus brutos instintos y pasiones, mientras al educado é instruído guía la luz de su razón clara, de su conciencia ilustrada por la ciencia de Dios y de los hombres.

Confirmando el mismo aserto, podemos citar la autoridad indiscutible de Mr. Jules Simón, que, en su excelente libro «L'Ecole», se expresa en los siguientes términos: «Es necesario que el país se penetre de esta verdad: que el dinero gastado en las escuelas se economiza en las prisiones. Dos hechos considerables se producen en el seno de nuestra sociedad: el aumento progresivo de alumnos en las escuelas, y la disminución de la criminalidad, lo que obliga á la administración á suprimir una cárcel central. La población del departamento de los Altos Alpes tiene tan adquirido el hábito de instruir á los niños, que todas sus escuelas se encuentran llenas, mientras que la prisión de Briçon ha estado vacía muchas veces este año.»

Las estadísticas, en efecto, patentizan que la criminalidad se ve siempre en razón inversa de la instrucción que recibe el pueblo. En Suiza, después de la reforma de la instrucción popular, se han podido suprimir muchas prisiones. En Alemania ha disminuído un 30 por

100 la criminalidad por el desarrollo de la enseñanza en el pueblo, desarrollo que le ha levantado al grado de florecimiento que hoy alcanza. En Francia, el 80 por 100 de los criminales son gente sin instrucción. En España, el 92 por 100.

Téngase en cuenta, continúa el distinguido pedagogo antes citado, «que como atinadamente se ha dicho, la instrucción aumenta nuestros goces, nuestra felicidad. El hombre ignorante sólo conoce los goces groseros del cuerpo, placeres muy fugitivos, compensados, no obstante, por la necesidad, que es un tormento. El hombre ilustrado goza de la belleza de la naturaleza y de las artes, de la poesía, de la música, del comercio intelectual con sus semejantes, del cambio de los sentimientos elevados, placeres durables y tanto más vivos cuanto que son compartidos; tanto más exentos de trabajo cuanto que son más puros, más dignos de un alma inmortal».

En la vida política. «Hoy que todo lo invade la democracia y que merced á la extensión que en todas partes se va dando al sufragio, es cada vez mayor la intervención del pueblo en la cosa pública, se necesita más que nunca difundir la instrucción popular. Tratándose de un pueblo ignorante, no debe extrañar que dé muestras de desamor ó indiferencia hacia la justicia y la libertad: si no sabe lo que son, ¿cómo sabrá estimarlas en lo que valen? ¿Cómo el ciego podrá apreciar la magia de los colores? Tampoco debe extrañar, tratándose de un pueblo ignorante, que en momentos dados y á nombre de la libertad, del derecho y de la justicia, atropelle todas las libertades, quebrante todos los derechos y ahogue la voz de la justicia, y que pronto á excederse en el ejercicio de los derechos individuales, no se cuide de los deberes del ciudadano; de todo lo cual se originan los desórdenes populares, las rebeliones injustificadas, y,

por consecuencia, atraso, intranquilidad y ruina para los pueblos, y mengua y desprestigio para las ideas más generosas. Por estas y otras razones ha dicho muy atinadamente el demócrata Laveleye en su interesante libro «La instrucción del pueblo»: «Desde el momento en que el poder de arriba abdique la tutela que ejerce sobre los poderes locales y los individuos, se hace indispensable que éstos sepan usar de su conquistada independencia: si se quiere que el Estado moderno no se funde en la fuerza, hay que darle por base la razón.....» El sufragio universal, sin la instrucción universal, conduce á la anarquía, y por consiguiente, al despotismo..... Dad el sufragio á un pueblo ignorante, y le veréis caer hoy en la anarquía, mañana en el despotismo. Por el contrario, un pueblo ilustrado, será pronto un pueblo libre y conservará su libertad, pues sabrá hacer buen uso de ella.» De aquí la limitación del sufragio, por muchos demócratas admitida, de que no puedan ejercerlo los que no posean la instrucción elemental. Que los que gobiernan á los pueblos tengan presentes estas palabras pronunciadas por el diputado norteamericano M. Garfield, en defensa del *bill* creando en Washington una «Oficina Nacional de Educación»: «Cuestan menos las escuelas que las rebeliones. Un décimo de nuestras rentas empleado cincuenta años ha en la educación pública, nos habría ahorrado la sangre derramada en la última guerra.» ¡Á qué tristes y amargas consideraciones no se prestan estas palabras cuando se recuerda lo que sucede en un pueblo que nos es muy querido! «¡Instruid al pueblo!»: tal fué la última recomendación que á la democracia norteamericana hizo el gran Washington, y tal la constante exhortación hecha á la misma por Jefferson. Los americanos han seguido al pie de la letra esta recomendación, y á ello se glo-

rían de deber el orden y la libertad de que se goza en la gran república de los Estados Unidos. Para concluir este punto, recordemos que, según el príncipe de Bismark, al maestro de escuela, es decir, á la instrucción popular, se deben el estado de grandeza que ha alcanzado Prusia y las últimas victorias de Alemania. Así se cree muy especialmente en Francia, en donde dirigiéndose á una numerosa reunión de maestros, decía el Ministro de Instrucción pública, Mr. Bardoux, que el porvenir les daría nuevos testimonios de su celo por ellos y por la «noble causa de la instrucción primaria, sin la cual la gran democracia francesa no podría prosperar, crecer y dar frutos».

En la vida material ó económica. «La industria moderna, dice en su libro citado el eminente republicano Mr. Jules Simón, cesa de día en día de emplear los hombres como fuerzas materiales para utilizarlos como dirección intelectual, y que la riqueza de un país depende en gran manera de la capacidad de sus habitantes y, por consiguiente, de su ilustración.» Pues, como ha dicho uno de los superintendentes de la enseñanza en el Connecticut, «la instrucción hace más productivo el trabajo», por lo que el mismo funcionario añade: «Si todo el trigo que hoy se recolecta en los Estados Unidos debiera molerse y ser convertido en harina por los procedimientos antiguos, bastaría apenas para hacerlo toda la población del país. Gracias á las máquinas, un pequeño número de trabajadores basta para atender á esta necesidad.» La instrucción, se ha dicho, conduce al bienestar, pues, como dijo Bacon, *ciencia es poder* y el poder engendra riqueza, lo cual es una verdad en el orden económico principalmente, como lo es la afirmación de Mr. Laveleye de que el papel de la ciencia aplicada á la producción de la riqueza se ensancha diariamente, y

que en el porvenir será el pueblo más rico, y, por consiguiente, el más poderoso, aquel que ponga más saber en el trabajo. Por esto se ha dicho con mucha oportunidad: «El dinero colocado en instrucción no produce el 5 ó el 6 por 100, sino 5 ó 6.000 por 100, pues un solo niño arrancado á la ignorancia puede por su trabajo, sus conocimientos y sus medios, contribuir á la prosperidad y grandeza de su país, realizando progresos en el dominio de la industria ó de la ciencia, ó poniendo á disposición de sus conciudadanos una fortuna honrosamente adquirida.» (1) Los países más ricos, dice Laurant, son también los más civilizados, y los más pobres son los menos cultos.

«De todo lo dicho debe inferirse, con Quesney, que la primera ley positiva, la ley fundamental, es la distribución de la instrucción pública y privada, en leyes de orden natural, regla soberana de toda legislación humana y de toda conducta civil, política, económica y social.»

La autoridad reconocida del pedagogo insigne que acabamos de transcribir y de los distinguidos hombres públicos citados no dejan duda alguna sobre la influencia de la educación primaria en el niño y en el ciudadano, en la cultura, en el porvenir de los estados.

Mas no se crea que, porque haya dicha educación primaria, considero ésta reducida á la escuela de niños: la educación, repito, comienza en la cuna y termina en el sepulcro; muriendo y aprendiendo, dice el refrán. La educación recibida en los primeros años tiene influencia decisiva en la vida del hombre y perdura á través de sus edades; sin embargo, debemos continuarla para su mayor desarrollo y seguridad: cuidamos del arbolito tierno, le

(1) Mr. Guillermand, Mair del Havre, en 1871, al pedir aumento de consignación para el presupuesto de instrucción popular.

cuidamos mientras se está formando, y aun no le descuidamos ya formado; ¿por qué no hacer lo propio con el hombre?

Esta es la labor de las *escuelas de adultos*, taller constante donde en la adolescencia y en la edad viril se sostiene y amplía la educación de la niñez elevando más y más al hombre y haciéndole digno del título honroso de ciudadano.

Triste desamparo es el en que hoy dejamos al niño que sale de la escuela. Precisamente en la edad en que se verifica su mayor desarrollo, en la edad en que más combatido ha de ser por las pasiones, en la edad en que más puede viciarse su corazón y obscurecerse su inteligencia, se queda sin cultivo y dirección. Apenas hemos puesto los cimientos, la base del edificio, ya le decimos: *levántate á ti mismo*.

No marchemos así: el edificio no está construido hasta que se levanta el último piso, se cubre con el tejado y se le dan las manos interiores; así el hombre. De insensato ó de loco trataríamos al agricultor que, aun labrada la tierra y echada la semilla, encargase á los elementos lo demás: sin escardas, sin riegos, sin cuidados de toda clase, la cosecha sería problemática.

Cuidemos, pues, en la escuela de adultos de ese corazón que hemos modelado en la de niños; formemos más y más ese carácter que allí bosquejamos; sigamos con el adolescente hasta que sea hombre; penetremos con él en la vida del campo y del taller, de la fábrica y de la tienda, en la vida social y civil, y así habremos formado hombres completos.

Este es el aspecto verdaderamente *popular* de la educación, el que más debe preocupar á los hombres de Estado, porque es la preparación de las grandes mayorías.

VI

Hay una segunda educación, ó educación superior, para las clases más acomodadas, para las clases científicas, para las clases directoras: esta es la que dan los institutos de 2.^a enseñanza, las universidades, las escuelas profesionales, las academias militares, los seminarios conciliares. En la escuela primaria, de niños ó de adultos, se forma y conserva el hombre popular, el hombre en general: estos establecimientos superiores forman al profesor, que ha de cultivar las ciencias y las letras; al jurista, que ha de velar por la pureza y aplicación del derecho; al médico y al farmacéutico, encargados de nuestra salud; al político, que ha de regir los destinos del Estado; al militar, que dedica su vida á la defensa del orden y de la patria; al ingeniero, al arquitecto que fomentan nuestras industrias y sostienen medios indispensables á la vida y al progreso y bienestar; al maestro, que forma principalmente el corazón y la inteligencia de nuestros hijos; al sacerdote, medianero entre Dios y los hombres, que nos conduce á la dicha perdurable.

¿No sería querer demostrar un axioma el empeñarse en razonar el influjo que en este aspecto ejerce la *educación* en los pueblos?

Pero obsérvese bien, y por eso hemos de detenernos aquí: no se juzgue que los establecimientos susodichos son de *instrucción* y no de *educación*. Ciertamente que en ellos domina la *instrucción*, la transmisión de conocimientos, sobre la formación general del alumno, sobre la verdadera *educación*; pero, aun no considerando el descuido de esa formación, de la *educación*, como un mal gravísimo, cuyas negras consecuencias se tocan bien pronto en el individuo mismo, en su familia, y en la sociedad en

que ha de vivir, no debemos olvidar que la *instrucción* es una *parte* de la *educación* y á la vez un *medio* de *educar*, no sólo el entendimiento, sino los sentimientos y la voluntad y hasta el cuerpo.

Esos establecimientos influyen, pues, de dos modos: formando hombres peritos en su profesión y formando buenos ciudadanos.

De poco serviría que un profesor diese mucha ciencia si con sus malas doctrinas ó con su ejemplo pervertía á sus alumnos: mejor fuera vivir sin abogados que tenerlos para castigar al inocente y absolver al criminal: bueno es que el médico y el farmacéutico sanen el cuerpo; pero pueden matar el alma: difícilmente gobernará con celo y con justicia un político depravado: por más táctica que sepa un militar, no será buen soldado sin amor á la gloria y patriotismo: el ingeniero y el arquitecto podrán dedicarse al fomento de sus intereses en vez de fomentar los intereses públicos: el maestro que no sea bien educado, difícilmente querrá ni podrá educar bien; y de poco servirá que un sacerdote sea muy ilustrado, elocuente orador inclusive, si su conducta no concuerda con las doctrinas evangélicas.

¿Quién duda de todo esto? Si los que debemos dar buenos ejemplos, los que debemos infundir elevados sentimientos, los que debemos ser el norte de los pueblos, con nuestros actos, con nuestras predicaciones, con el periódico, con el libro, llevamos á su inteligencia el error, el escepticismo, la duda, la desesperación, y en su corazón sembramos el egoísmo, la intolerancia, la misantropía, el odio de razas, el goce material, no nos quejemos después de que la sociedad se desborde, de que cataclismos espantosos conmuevan sus cimientos.

Por el contrario, seamos nosotros laboriosos, circunspectos, considerados, tolerantes, sobrios, cultos, caritati-

vos, cristianos, y veréis reflejarse fielmente en las masas populares la hermosura de la virtud.

Lamentamos, *verbi gratia*, el vicio inculto, grosero, estúpido de la blasfemia en nuestro pueblo. Ah! si labios que debieran ser urbanos no la profiriesen jamás en ninguna forma; si en todas las clases elevadas resplandeciese en primer término el temor de Dios; si siquiera una muestra de general desagrado siguiese á la imbecil expresión; ese hombre inculto se abstendría ante la reprobación unánime de sus superiores, ante la idea grande, sublime, respetable, de la Divinidad.

Decidme cómo son las clases que llamamos *cultas*, y os diré cómo es el *pueblo*.

VII

Entremos ahora en otro aspecto de la *educación*, que no influye poco en el progreso y en la riqueza pública: la *educación artística é industrial*.

¿Quién no ha oído decir mil veces en nuestro país: «aquí sobran doctores y faltan labradores y artesanos»?

¿Qué significa esto?

¿Qué? Es la conciencia popular, muy sabia y prudente, por lo general, cuando espontáneamente se manifiesta. Bueno es el cultivo de las ciencias, dice, muy bueno; que la ciencia eleva al hombre, le hace más espiritual, le aproxima al Criador; que la ciencia eleva el arte, mostrándole nuevos inventos, nuevos horizontes; que la ciencia dulcifica, humaniza las costumbres y hasta los sistemas de gobierno; que la ciencia es la vanguardia del progreso. Pero no basta indicar aquél es el progreso; es preciso andar, llegar á él, conquistarle por el arte, conquista para la cual bastan pocos generales y se necesitan muchos soldados; es preciso el equilibrio entre la ciencia

misma y el arte, entre las clases constitutivas de la sociedad.

¿Por qué supera Inglaterra en riqueza y en poder á todos los pueblos del globo? Por su sin igual educación industrial y comercial. ¿Cómo la da? Eso no importa ahora: no hacemos más que anotar el hecho.

¿Por qué Bélgica, nación de las más pequeñas de Europa, es más grande que casi todas las del mundo? Por su educación industrial y comercial.

¿Por qué los Estados Unidos del Norte de América han adquirido esa riqueza inmensa y ese gran poder de que hoy disponen? Por el desarrollo inmenso también de su industria y su comercio, además de otros progresos que los hacen de las naciones más adelantadas.

Ni puede ser otra cosa: la nación que tiene mejores industriales, mejores artesanos, produce más, y produce lo mejor, lo preferido en el comercio del mundo todo, y con esta preferencia alcanza su primacía en prosperidad y bienestar.

VIII

De lo dicho hasta aquí se infiere que la educación prepara al hombre para el cumplimiento de su destino;

Que la educación atiende al espíritu y al cuerpo;

Que la educación necesita ideales grandes que la informen, para que en esa grandeza de ideales pueda elevarse el educando;

Que la educación no se limita á los primeros años del hombre: por el contrario, forma al hombre desde pequeño y le dirige hasta el ocaso de la vida;

Que la educación extiende su esfera á todos los órdenes de la vida, á las masas populares, á los hombres de ciencia, á los gobernantes y á los gobernados, á las clases sedentarias y á las clases productoras;

Que la educación, por último, con la preparación de todas las clases de ciudadanos, *determina* el destino de las naciones.

IX

Reconocido por la razón y por la experiencia ese poder virtual de la educación en el modo de ser de los individuos y de los pueblos, viene como lógica especulación la de examinar las condiciones de la educación española, manifestando los defectos de que adolezca y las modificaciones que necesita.

Comencemos por la escuela primaria.

Aunque las escuelas sean los manantiales de la primera cultura, los focos de la primera instrucción, de la instrucción más general del pueblo, y las naciones las multipliquen discurriendo discretamente que el caudal de su cultura y bienestar aumentará en razón del número de manantiales que los produzcan, sería erróneo juzgar en absoluto por el número de focos y aun por el número de individuos que reciben esa luz. Debe atenderse al *número* de establecimientos, á la *cantidad* de cultura que producen y á la *calidad* de la misma. Muchos cuerpos luminosos brillan en el firmamento, y el Sol solo nos da más luz y calor que todos ellos. Así, pues, la escuela también necesita estar en condiciones de producir esa acción fecundante y vivificadora del Sol.

¿Qué es actualmente nuestra escuela primaria?

Fijaos en los locales: causa tristeza verlos sin extensión, sin cubicación, acaso sin luz, y rara vez con las reclamadas condiciones higiénicas y pedagógicas. ¡Pobres niños, hacinados en impropios chiribitiles, consumiendo su existencia en vez de desenvolverla y fortificarla!

Y ¡qué material: incompleto, vetusto y anticuado! ¿Así se quiere formar educandos, hombres sanos, robustos é inteligentes? Imposible. Y ¿qué es en ella la *educación*? ¿cuál es su programa?

Preguntádselo á la última ley, la de 9 de septiembre de 1897, y os dirá:

Artículo 1.º La primera enseñanza se divide en elemental y superior.

Artículo 2.º La primera enseñanza elemental comprende:

Primero: Doctrina cristiana y nociones de Historia sagrada acomodadas á los niños.—*Segundo:* Lectura.—*Tercero:* Escritura.—*Cuarto:* Principios de Gramática castellana con ejercicios de Ortografía.—*Quinto:* Principios de Aritmética con el sistema legal de medidas, pesas y monedas.—*Sexto:* Breves nociones de Agricultura, Industria y Comercio, según las localidades.

Artículo 3.º La enseñanza que no abrace todas las materias expresadas se considerará como incompleta para los efectos de los artículos 100, 102, 103, 181 y 189.

Artículo 4.º La primera enseñanza superior abraza, además de una prudente ampliación de las materias comprendidas en el artículo segundo:

Primero: Principios de Geometría, de Dibujo lineal y de Agrimensura.—*Segundo:* Rudimentos de Historia y Geografía, especialmente de España.—*Tercero:* Nociones generales de Física y de Historia natural, acomodadas á las necesidades de la vida.

Artículo 5.º En las enseñanzas elemental y superior de las niñas se omitirán los estudios de que tratan el párrafo 6.º del artículo 2.º, y los párrafos 1.º y 3.º del artículo 4.º, reemplazándose con:

Primero: Labores propias del sexo.

Segundo: Elementos de Dibujo, aplicado á las mismas labores.

Tercero: Ligeras nociones de Higiene doméstica.

Vemos, pues, que la misma ley, con ser la más notable que hemos tenido y que en su tiempo fué un verdadero progreso, habla únicamente de *enseñanza*, y nada dice de *educación*, considerando ¡*completa!* esa enseñanza con unas nociones de Doctrina cristiana é Historia sagrada, Lectura, Escritura, principios de Gramática y Aritmética y breves nociones de Agricultura, Industria ó Comercio, y, en vez de la última asignatura, labores propias del sexo para las niñas. Escuelas donde se dé la enseñanza *superior* sólo hay (una) en las capitales de provincia y en poblaciones de 10.000 ó más habitantes.

Preguntad á los padres á qué envían á sus hijos á la escuela, y os contestarán: «Á que aprendan su mano derecha.»

Preguntad á las Juntas locales todas que presiden los exámenes, qué indagan en los niños, de qué tratan de enterarse, y os dirán: «De ver si *saben* las materias del programa.»

¡Error de funestísimas consecuencias!

Así se desvirtúa la primera institución de las naciones, abandonando la *cultura* y reduciendo los conocimientos á una instrucción mecánica ó rutinaria.

¿Es esto racional en nuestros días?

¿Creemos que es lo mismo *educación* ó *cultura* que *instrucción*?

Sobre esta base tan deleznable ¿puede levantarse seguro el edificio de la *educación nacional*?

Dejando ya la escuela primaria ó popular, entremos en el instituto, en las universidades, en las escuelas profesionales ó academias de toda clase.

¿Quién no ha oído hasta la saciedad quejarse á todos los hombres pensadores del exceso de *teoría* y de la falta de *práctica* en todos ellos? ¿De dónde si no resulta tanta ciencia en la boca y tanta ineptitud para ejecutar? ¿No se dan, por ejemplo, bachilleres con muchos logaritmos que á duras penas ejecutan una operación de dividir; maestros con la cabeza llena de teorías pedagógicas, que no saben dirigir un niño ni mucho menos una escuela; abogados con mucho derecho romano, que no formularán una instancia; doctores en filosofía y letras que no saben redactar una simple carta sin estropear la ortografía y el idioma; birretes altaneros en cabezas sin iniciativas y sin ciencia de aplicación?

Y no hablemos de la benevolencia en conceder títulos, ni digamos nada del aspecto *educativo* de estos establecimientos secundarios. Es triste el decirlo, pero no debe ocultarse un mal cuando se pide su remedio: aquí, torpe ó despejado, apto ó inepto, aplicado ú holgazán, todo el mundo obtiene el título á que aspira; y la educación no se atiene en lo más mínimo, está abandonada por completo. ¿No causa rubor decir que hay establecimientos en donde se hacen estudiar las materias *de memoria*, aun tratándose de demostraciones matemáticas?

En cuanto á la *educación industrial* de nuestro pueblo, bien poco se ha hecho hasta el presente.

La enseñanza *agrícola* que se da en las escuelas primarias y en los institutos, ¿para qué sirve? Hablemos con ingenuidad, para nada.

El niño que sale de la escuela entiende de agricultura menos quizás que otro que no la pisó nunca, y cualquier bracero del campo dará lecciones al bachiller.

Es que el analfabeto agricultor ha practicado el cultivo, mientras el escolar *memorizó* trabajosamente una cartilla, que, por tener que aprenderla *ad pedem litterae*, se le hizo repulsiva é insoportable; y el estudiante de segunda enseñanza no pudo digerir un voluminoso texto, acaso más caro que bueno, en el cual se habló hasta de las vértebras del perro que cuida la ropa del labrador ó el aprisco del ganado, pero sin hacer en todo el curso una experiencia, un análisis, un ensayo, nada, en fin, verdaderamente provechoso.

Ha querido hacerse algo en materia de educación *industrial* con la creación de escuelas de artes y oficios ó de industrias y artes. Pero ¿qué artes, qué oficios, qué industrias se han enseñado? Con raras excepciones, las escuelas de artes y oficios no han enseñado oficios ni artes, porque, con ser muy buenas las nociones de matemáticas, dibujo, física, etc., etc., que en ellas se dan, no constituyen el aprendizaje de oficio alguno, de progreso verdaderamente industrial.

Como de *educación* se trata, debo dedicar particular atención á una clase de estudios que, en medio de que parecen modestos, y así se los considera por el escaso tiempo en que se hacen, son de los más trascendentales para el país: me refiero á los estudios pedagógicos, á la preparación de los maestros, á la formación de *educadores*. Causa pena leer nuestra legislación en este punto: en dos años se hace un maestro *elemental* ¡y tan *elemental*!, y en uno se hizo en el curso de 1899 á 1900. ¿Hay tiempo, ni en uno ni en dos años, de estudiar una enciclopedia de materias de instrucción general; de estudiar, de conocer al niño; de estudiar, de conocer la escuela;

de cultivarse en la vocación y en la enseñanza, para saber educar y enseñar con fruto? No le hay, y por duro que sea el estampar la frase, debemos convenir en que entregar la educación del pueblo á tales maestros, sin ciencia ni experiencia, es como encargar la medicina á barberos y practicantes improvisados.

X.

Sin recargar más de negras tintas el cuadro anterior, bosquejo, y ligero, de cuanto pudiera decirse, y aunque sea doloroso confesarlo, nuestras actuales escuelas, no por culpa de sus dignos directores, sino por culpa de los legisladores, de las autoridades, de los padres, del público, de todos, no influyen como influir debieran en la cultura general del país.

Hay que descubrir la realidad y atacar el mal de frente. Esta misión precisamente tienen los certámenes; en otro caso serían deslumbradoras ceremonias de festival.

Si la nación ha de ser verdaderamente culta, es preciso mejorar la condición de la escuela primaria: es necesario mejorar los locales, dotarlos de material abundante y moderno, formar buenos maestros, y hacer de aquélla, no una simple institución instructiva, sino una institución *educadora*. Los programas de hoy, esa instrucción *formalista*, contra la que truenan todos los pedagogos y pensadores, son un expediente de fórmula para cubrir las apariencias de cultos é ilustrados.

La escuela ha de dar *educación*, y una educación *íntegra*: todo lo que esto no sea, es truncar su grandiosa misión.

La *educación* es superior en virtualidad y alcance á la *instrucción*, parte no más de aquélla y uno de los medios

de alcanzarla. Y se infiere también, con lógica matemática, que tanto más influirá la escuela en la cultura, tanto mejor preparará á la juventud, cuanto, sin abandonar el fin de la *instrucción*, realice mejor su misión educadora, cuanto, como dice Locke, forme una alma sana en un cuerpo sano. Porque la instrucción por sí sola, hasta puede ser perjudicial si el corazón está corrompido, y nunca llega su alcance á formar la inteligencia racional.

Como hay un destino general á la humanidad, y otro particular ó especial de cada individuo, de ahí una *educación* que conviene á *todos*, y otra que, después y como complemento de ésta, se adecúa á las necesidades particulares.

La escuela primaria debe dar la primera; el instituto, la universidad, los aprendizajes profesionales, dan la segunda.

Y esa *educación* que dé la escuela ha de atender al hombre entero, psíquica y físicamente considerado: á la higiene, á la gimnasia, á la medicina de la infancia, á las facultades todas del espíritu, y á la instrucción.

Esta es la educación *íntegra*, la que forma jóvenes sanos, robustos y ágiles, de buenos sentimientos, de buen carácter, inteligentes é ilustrados.

Con este complejo cultivo ha de formarse el ciudadano.

Y conviene, es preciso, que en ese joven sano, robusto y ágil, razonador y honrado, la instrucción sea *educadora* y *práctica* ante todo, acomodándola á las necesidades generales de la vida. *Educadora*, porque si hemos de amueblar dignamente con los conocimientos el edificio de la inteligencia, previa y dignamente debemos formar ésta; que se correspondan el edificio y los muebles, y por que de poco sirve el *saber* si no se sabe utilizar. *Práctica*,

porque la teoría sin la práctica sólo sirve para hacer eruditos á la violeta, pedantes y charlatanes; aunque la práctica necesite también de la teoría para no ser ciega y rutinaria, para que el hombre no sea una máquina viviente, sino una inteligencia que ejecute y dirija.

Las clases acomodadas pueden buscar en establecimientos superiores la *educación* que necesitan; mas las clases populares, la gran masa de la nación, no reciben otra que la que les dan la familia y la *escuela*. Por eso en ésta hay que trabajar especialmente para dejar formado al joven en sus aptitudes y en su instrucción.

No bastan, como ilustración, una Historia sagrada de memoria, una Doctrina cristiana rutinaria, una Lectura mecánica, una Escritura sin aplicación, una Gramática técnica, una Aritmética sin cálculo, una Agricultura teórica; ni aun satisface la ampliación de una Geometría que no mide, un Dibujo lineal elementalísimo, una Geografía pesada é insustancial, una Historia sin filosofía, unos conocimientos naturales que no muestran la Naturaleza.

La Historia sagrada ha de hacer ver racionalmente al niño el origen del Universo y del hombre, los grandes atributos del Criador y la marcha religiosa de la humanidad. La Doctrina cristiana debe ser sabida, entendida y practicada. La Lectura ortológica debe llevar como complemento necesario la interpretación de los pensamientos leídos. La Escritura ha de ser caligráfica, ortográfica y aplicada. La Gramática, con poco tecnicismo, enseñará á descomponer y componer el lenguaje, á expresar el pensamiento, á hablar lo que se piensa. La Aritmética requiere poco libro y mucho cálculo. La Agricultura requiere muchos ensayos y experiencias. La Industria y el Comercio, intuición. La Geometría, medir mucho. El dibujo se aplicará á las artes. La Geografía suprimirá

todo detalle inútil y que pronto ha de olvidarse, presentando, en cambio, con claridad el planeta que habitamos, el hombre en sociedad, el Universo, Dios. La Historia ha de ser «maestra de la vida». La Física y la Historia natural descubrirán á la vista del niño los grandes arcanos, las inmensurables fuerzas de la Naturaleza, sus maravillosos fenómenos, destruyendo preocupaciones vulgares, haciendo aplicaciones á la industria, y elevando el corazón á lo sublime y á lo infinito.

Causa asombro que, en el siglo XX, el niño que sale de la escuela no sepa lo que es el planeta que habita, ni el Universo que por todas partes le rodea, ni la organización de la sociedad humana; que no se le haya hablado siquiera de la patria, ni de sus deberes y derechos como ciudadano, ni de las brillantes páginas de nuestro pasado, ni de la sangre derramada por el pueblo español por conservar su independencia y libertad; que nada sepa de la Naturaleza; que no tenga un ligero conocimiento de sí mismo; que ninguna educación artística haya recibido: cuando era de esperar, por los admirables descubrimientos y adelantos realizados en el siglo XIX, que ya la escuela primaria formase al hombre físico y al hombre espiritual, al hombre completo para sí, para sus semejantes, para su patria, para la humanidad entera, inspirándose siempre en las sublimes máximas del Evangelio, fuente de la verdadera libertad, de la verdadera igualdad, de la verdadera fraternidad.

Dadme estas escuelas, y regeneraré á nuestra antes grande España, hoy postrada y abatida.

Algunos detalles todavía redondearían este croquis de cultura ó educación *íntegra* si yo no temiera dar excesiva pesadez á mi desaliñado trabajo; pero ha de permitirseme uno que no debo omitir: el método y los libros.

El niño, como el hombre, es un sér *activo*, investigador, inventor. Sin embargo, en la generalidad de nuestras escuelas, mejor, en la generalidad de nuestros establecimientos de enseñanza de todos grados, se le considera como un sér *pasivo*, incapaz de pensar por sí mismo y de toda clase de descubrimientos, como un simple *recipiente* de la ciencia. ¡Así queremos formar *hombres!* No de otra manera ciertamente educaríamos á un sér que careciese de razón.

Excitemos esa inteligencia descubridora, despleguemos sus energías, guíemola, y esa razón naciente irá despertando, y aprenderá á buscar la causa por el efecto y el efecto por la causa, la ley por los hechos ó fenómenos, la regla por los ejemplos ó casos particulares, lo absoluto é infinito por lo contingente, relativo y limitado, y discurrirá, y formará su ciencia, y adquirirá un saber propio, no recibido *pasivamente*, y sabrá pensar, y tendremos un educando que marchará por sí mismo, que progresará, que se perfeccionará indefinidamente; un hombre verdaderamente *racional*. Análisis, análisis; método progresivo.

Los libros. ¡Ah desdicha, cuánto se abusa de ellos! Los libros no forman al hombre: le completan después de formado, es decir, después de cultivada su inteligencia, y especialmente su razón. Y menos mal si se hiciera comprender los conocimientos que encierran; pero ni aun eso suele hacerse: rutina y siempre rutina. Y así resulta la rutina en las artes y en las ciencias, en el estado social y hasta en la religión; un *statu quo* petrificado.

Por libro, la Naturaleza y los hechos; por método, la inducción; el maestro, ayudando y guiando en el despliegue de las cosas y en el descubrimiento de las leyes y las reglas.

Este es el método *activo*, el método proclamado por la pedagogía moderna, el método que hace al niño factor de su educación: ésta es la instrucción verdad, la instrucción educadora, la instrucción que hace la escuela fecunda y atractiva.

Complemento indispensable de la escuela de niños debe ser, según hemos indicado, la escuela de adultos, que, en orden concéntrico, continúe y amplíe la educación de la primera edad, con el mismo método, con poco libro, con mucha práctica, intuición é inducción. Así los atraeremos y acabaremos de educarlos.

Y complemento de la escuela de adultos es el museo, la biblioteca popular, pero biblioteca escogida, porque el adulto que ya está iniciado en la instrucción primera, debe ver en el museo y en la biblioteca los adelantos de las industrias y de las artes en todos los países de la tierra, y cada cual en su oficio podrá recrearse, instruyéndose, en las obras de su profesión; como todos podrán leer nuestra grande historia, nuestros distinguidos literatos, la civilización de todos los siglos y las grandiosidades de la Naturaleza.

¡Qué bello sería acudir los padres con sus hijos á la escuela nocturna, éstos á ampliar su educación, aquéllos á pasar la velada en la sala-biblioteca hojeando un libro de astronomía ó de física popular, de historia natural, de arqueología; un álbum de fotografías de montes, ciudades, ríos, curiosidades naturales; el Quijote de Cervantes, las poesías de Calderón, las obras de todos nuestros distinguidos literatos! ¡Qué diferente cuadro presentan hoy los padres dejando á sus hijos pasar la noche en el café ó en el bodegón, en la tertulia desmoralizadora ó en el garito criminal!

Se creyó hace años que los procedimientos *educativos* eran exclusivamente propios de la escuela de párvulos. La unánime opinión de los mejores pedagogos ha hecho que se vayan introduciendo en todos los grados de la escuela primaria. ¿Por qué no han de adoptarse en el instituto, cuya enseñanza científica y técnica, quizás demasiado enciclopédica, debe ser menos indigesta, más atractiva, más aplicada, más práctica y más *educadora*?

Eduque, eduque el instituto; no se contente con instruir é instruir mal, porque toda instrucción que no es *educadora* es una instrucción defectuosa, con frecuencia estéril, y, no pocas veces, perjudicial.

Y ¿por qué no continuar los métodos activos y *educadores*, la aplicación de la enseñanza, la investigación personal, en todos los órdenes de establecimientos, hasta en el mismo doctorado de las universidades?

En la enseñanza *agrícola*, urge darla de otro modo.

En la escuela primaria, formando museos agrícolas en pequeño y agregando á cada escuela un pequeño campo ó huerta de experimentación, de prácticas agrícolas; hacer análisis, hacer ensayos en la clase, y en el campo en los paseos escolares.

En el instituto, menos teoría y mucha práctica, casi todo práctica razonada en terrenos, en análisis, en mejoras, en simientes, en ensayos: el bachiller que *haya hecho* todo esto, sabrá practicar la agricultura en su localidad y sabrá enseñarla á sus convecinos.

¿No es cierto que así adelantaría nuestra atrasada agricultura?

Importa poco que á las «Escuelas de Artes y Oficios» se les haya mudado el nombre por el de «Escuelas de Artes é Industrias», sino enseñan tampoco lo que este nombre significa. El arte y la industria se aprenden en el taller, y mientras el taller no sea la base esencial de estas escuelas, mientras las aulas *teóricas* no se conviertan en talleres prácticos, el obrero será algo más ilustrado, siempre tendrá más base para ser mejor obrero, pero siempre adelantará poco en su obra.

Opino que los adelantos de las artes é industrias del extranjero no los han de enseñar en España profesores que no son de aquellas artes ni de aquellas industrias; que esos adelantos deben estudiarse sobre el mismo terreno, como los han estudiado y estudian todas las naciones que hoy van delante de nosotros, para lo cual debiera el Gobierno pensionar á obreros capaces é inteligentes, como se pensiona para otros estudios no más importantes, y estos obreros serían después los maestros de las escuelas de artes é industrias, y estos obreros en el taller, trabajando, enseñarían la industria de Inglaterra, de Bélgica, de Francia, de Alemania, de Suiza, de todas las naciones adelantadas.

Puesto que la *educación* es el gran negocio de la vida, y el mejor medio de regenerarnos, preciso es que pensemos en ella con seriedad, que se exija tiempo suficiente para la carrera de *educador*, que éste sea verdaderamente pedagogo por conocer la pedagogía científica, la pedagogía artística, la pedagogía histórica; por haber ensayado con sus profesores en las escuelas *prácticas* todos los adelantos de la educación en general y de la enseñanza en particular.

No faltará quien me arguya que es imposible exigir esa preparación á quien luégo, según frase que nos ruboriza, ha de morir de hambre por sus míseros emolumentos.

Ó se quiere ó no se quiere *educar*. ¿Se quiere? Pues así como se tiene un ejército numeroso y bien dotado para la defensa de la patria, fórmese otro bien dotado y numeroso para el progreso, para el engrandecimiento, y aun para esa misma defensa nacional. Este será el ejército *de la paz*. ¿Asusta su presupuesto? No debe asustar: es un presupuesto reproductivo, que dentro de pocos años multiplicará la riqueza de la nación; y aun digo más: el presupuesto del ejército de la paz, hemos de poder cubrirle bien pronto con las economías que podamos hacer en el presupuesto del ejército de la guerra.

Y ya que de *educadores* y de estudios pedagógicos estoy hablando, yo extendería éstos á todo el profesorado de instrucción, porque no se explica que un hombre que haya de dedicarse á la enseñanza, no aprenda los métodos y procedimientos de enseñar. Otrosí, tratándose de que todos los establecimientos sean *educadores*, preciso es que todo el profesorado sea perito en la ciencia y arte de la *educación*.

Voy á terminar.

Aun en medio de esta decadencia, de esta postración en que yace sepultada, confío en el porvenir de nuestra querida patria si resueltamente seguimos el camino de su redención.

Hemos sido siempre una de las razas superiores del Orbe, raza que, como el fénix de la fábula, sabe renacer de sus cenizas en las grandes desventuras del país. Al

presente tenemos ocasión muy propicia de levantar nuestro nombre esclarecido.

De una cueva surgió en el siglo VIII la monarquía poderosa en cuyos dominios no se ponía el Sol. Hoy debe surgir un nuevo Estado de una habitación reducida y pobre, de la *escuela*. Y así como Covadonga fué luégo Asturias, más tarde León, después Castilla y por último aquella España que descubre y conquista la América, que pasea sus tercios por Europa, que impone respeto á las naciones, esta escuela tiene que salir del miserable tugurio y extenderse por el campo del agricultor, por el taller del artesano, por la fábrica del industrial, por el almacén y la tienda del mercader, por el museo del arte, por el libro siempre abierto de la Naturaleza, por el presente y por el pasado, por el propio suelo y por todo suelo donde haya que aprender; y ésta debe ser la escuela del niño y del adulto, del obrero y del hombre científico, del rico y del pobre, del hombre y de la mujer, de todos los ciudadanos. Y no debemos enviar ya *Invencibles* contra Inglaterra, sino mercancías compitiendo con sus productos; y no debemos mandar soldados á combatir en Flandes, sino maestros á aprender á educar y obreros á estudiar los progresos de la industria; y no debemos pensar en los dominios que hemos perdido, sino en estrechar sus relaciones para cambiar manufacturas.

Hubo un tiempo en que nuestro ideal era la guerra, á la sombra de la Cruz, contra el musulmán invasor de nuestra patria: entonces debimos formar hombres robustos, hombres fuertes, hombres valientes, hombres patriotas y aguerridos, un gran ejército que venciera y expulsara á la morisma. Terminada la reconquista, el dedo de la Providencia nos guió al descubrimiento y conquista de otro mundo, y debimos continuar formando soldados

que llevasen á la virgen América la luz del Evangelio con las banderas de Castilla. Aquellos destinos terminaron: hoy estamos en el caso de defender nuestra independencia de otro modo, formando una raza de hombres sanos de cuerpo y alma, de hombres robustos y laboriosos, que, á la sombra también de las banderas de la Patria y de la Cruz, que hicieron tan gloriosa nuestra historia, emprendan la conquista del progreso, esa conquista que no derrama sangre en sus batallas ni lleva la desolación y el llanto en pos de sí, sino que con sus victorias produce la alegría de los vencidos, el bienestar de las regiones conquistadas.

Como en aquellos tiempos surgieron soldados valientes, generales entendidos y descubridores intrépidos, surgirán ahora y en lo venidero genios en otros órdenes de la vida, porque la educación y las ocasiones los invocan.

La educación de las masas, sublime idea de la civilización moderna ilustrada por el Cristianismo, esa gran palanca de Arquímedes, tiene la virtualidad de despertar, de producir aptitudes y genios, y con ellos transforma mágicamente la faz de los pueblos y los hace grandes y felices. Es que Aquel que puso remedios á las enfermedades corporales del hombre en la medicina, le puso también á la decadencia de las naciones en su educación, en la moral y en el progreso.

Peró esta magna empresa no es obra de una clase sola, del maestro de escuela, ni aun del profesorado todo. Á la gran obra de la educación, de la que depende nuestro destino nacional, debemos contribuir todos, unos por obligación de cargo ó empleo, otros por vocación de apóstoles de la cultura: el padre, cumpliendo religiosamente el precepto de enseñar á sus hijos y de darles profesión competente entre las verdaderamente útiles á

el mismo, á la familia y al país, y entre las para que el joven tenga vocación y aptitudes; el maestro primario, haciendo de la escuela un mundo real en pequeño; el profesor en todas las esferas, educando á la juventud física, intelectual, estética, moral, cívicamente; las autoridades, con su celo y energías fomentando los adelantos populares; las clases ilustradas, dando ejemplo á las clases menos instruídas, enseñándoles cultura y adelantos; las clases sedentarias, empleando el tiempo y la actividad que pierden lastimosamente en reuniones de casinos y tertulias frívolas, en la biblioteca popular, en las escuelas de adultos y artesanos, en los círculos de obreros, enseñando, aplaudiendo, impulsando, arrimando su hombro con las clases trabajadoras para que marche más veloz el carro del progreso; el sacerdote, moralizando al pueblo, pues la moral es la mejor base de adelantos y felicidad; el Gobierno, considerando de veras la obra de la educación nacional como la atención primera del Estado; el Rey, no consintiendo que, desde la Corona hasta el último portero, se cobre un céntimo mientras se deba una sola peseta á los encargados en todos los aspectos de la educación popular.

Con esta suma de energías bien empleadas, especialmente por las clases altas y directoras, bien pronto todo ciudadano será culto, todo labrador ilustrado, todo obrero hábil; todos sacudiremos nuestra secular rutina, reemplazándola con los más modernos adelantos; no tendrán que emigrar nuestros hermanos en busca de porvenir muy dudoso á los países extranjeros, porque en el suelo natal habrá vida, habrá trabajo; si hoy somos pobres, el saber y la actividad nos harán ricos; si somos débiles, con el aumento de vida creceremos en fuerza; iremos, no á la zaga, sino con los primeros pueblos civilizados; y, como Dios bendice con su poderosa mano á los pueblos

que trabajan decididamente por la civilización, si un día nos bendijo y España ocupó por las armas, por la guerra, el primer puesto en ambos hemisferios, nuevamente nos bendecirá y ocuparemos otro puesto más envidiable todavía por el progreso y por la paz.

